

ABRAHAM STERN

*En*  
CUESTIÓN DE  
*segundos*



# ABRAHAM STERN

*En*  
CUESTIÓN DE  
*segundos*

Título original: En cuestión de segundos

Primera edición: Junio 2015

© 2015, ABRAHAM STERN

© 2015, megustaescribir

Ctra. Nacional II, Km 599,7. 08780 Pallejà (Barcelona) España

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a Thinkstock, (<http://www.thinkstock.com>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: Tapa Blanda            978-8-4163-3993-8  
      Libro Electrónico    978-8-4163-3994-5

# CONTENTS

- [I](#)
- [II](#)
- [III](#)
- [IV](#)
- [V](#)
- [VI](#)
- [VII](#)
- [VIII](#)
- [IX](#)
- [X](#)
- [XI](#)
- [XII](#)
- [XIII](#)
- [XIV](#)
- [XV](#)

A mis padres, por el regalo de la vida misma.

A mis cuatro hijos, Moi, Jonathan, Shana y Dan, por haber completado todas las piezas de mi corazón.

A mi esposa Rina, de quien he aprendido el significado de amar incondicionalmente.

“La muerte no nos roba los seres amados. Al contrario, nos los guarda y nos los inmortaliza en el recuerdo. La vida sí que nos los roba muchas veces y definitivamente.”

François Mauriac

“Hay quienes dicen que entre cielo y tierra nada se oculta. Es dentro de ese espacio transitorio que deambulan las verdades a medias, las mentirillas blancas, los engaños amorosos, el beso escondido y la mano asesina. Dentro de sus innumerables laberintos se esconde el marido infiel, la esposa ingrata, el hijo desvergonzado y los padres agresores. Es allí donde se exponen las vergüenzas y pecados que tuvieron un comienzo prometedor pero no un buen fin, o las que se levantaron sobre malévolas intenciones pero con resultados extraordinariamente convenientes. Entre cielo y tierra todo se sabe, y es allí donde en cuestión de segundos, nacen las verdaderas historias y mueren la gran mayoría de los engaños.”

Ricardo Galán  
*Extracto de la última página  
de su cuadernillo de terapias.*



Sobre la mesa yacían los residuos de una batalla gastronómica y dos botellas de vino vacías que mostraban el efecto en sus rostros abrasados. Uno frente al otro entrelazaban las manos como con miedo a perderse y conversaban como dos adolescentes enamorados. En un intento por engrosar su propina, el mesero planificó infructuosos avances por mercadear un último aperitivo pero los ojos de los Galán ya tenían el horizonte reservado solo para ellos.

—¿No te parece increíble cómo vuela el tiempo? Ya tengo treinta y cuatro años y me siento como si los minutos a tu lado no tuvieran ninguna importancia —recordó Ricardo mientras acariciaba sus manos—. ¿Sabés que te amo con toda mi alma, verdad?

—Por supuesto que me amás —dijo Daniela con dicción borrosa—. Creo que se me subieron los vinos.

—Pues pidamos la cuenta y nos vamos a casa —le contestó él.

No en vano y con cierto aire de desesperación, Ricardo agitó su mano como tratando de conseguir consuelo en uno de los meseros. Sus mejores encuentros pasionales con Daniela fueron siempre el resultado de una buena botella de vino, y en siete años de matrimonio ya había aprendido que era la mejor inversión para una noche de amor. «Nos la vamos a pasar bien rico llegando a casa», se decía a sí mismo insistiendo en la atención inmediata de un camarero. El tiempo de llegada entre la salida del restaurante y la recámara de su habitación debía ser preciso, ya que un retraso

inesperado echaría por la ventana los efectos del mágico brebaje y abriría nuevamente la posibilidad de varias semanas de penitente espera.

—Ricky —murmuró Daniela con un timbre de voz somnoliento—, apurate que ya se me están durmiendo hasta las piernas.

—¡Mesero! —gritó él con desespero.

El viaje de regreso a casa fue una mezcla de ansias pasionales con velocidad temeraria que por poco termina en las laderas de un barranco. Ricardo intercambiaba su mirada entre el volante y su hermosa mujer, quien se balanceaba en el asiento del acompañante haciendo un intento por no cerrar sus párpados.

—No te durmés —le decía algo inquieto.

—Dejame cerrar un rato los ojos que estoy cansada —replicaba Daniela con más reflejos que intención.

Finalmente su cuerpo cayó en un profundo letargo víctima de las muchas noches de desvelo que inocentemente su pequeño Luis Ricardo le prodigaba. Ya en su habitación y justo cuando Ricardo había desechado cualquier posibilidad de coronar lo que hasta ese momento había sido una noche perfecta, Daniela lo sorprendió con un beso tierno que encontró concordancia en sus labios.

Se estrecharon en un abrazo sincronizado. El beso inocente se transformó en una cascada de caricias que recordaban una danza exótica ancestral y el anuncio de una guerra de cuerpos en la que solo habría ganadores. Las manos de Ricardo encontraron instintivamente sus pechos, plenos, de piel ardiente y de una suavidad delicada, sobre la cual podía percibir el ritmo de sus latidos. Aún mezclados en el beso, la mano derecha de Ricardo logró desprender la tira

del ropaje que aún envolvía su desnudez. El gemido inevitable no tardó en invadir sus gargantas y lentamente subía de tono al tiempo que los dedos de Ricardo palpaban su inequívoca humedad. El escaso vello de Daniela acrecentaba su debilidad y la necesidad intensa de fundirse uno con el otro. Con más apuro que sensatez el dedo índice de Ricardo encontró el camino hacia las profundidades de la gloria. La humedad de su contorno recordaba el rocío de una mañana que recién iniciaba. A pesar del cúmulo de sensaciones que la invadían Daniela recobró por un instante la cordura, interrumpiendo ese tropel de sacudidas que la invadían.

—Cerraré la puerta con llave que no quiero que al enano se le ocurra pasarse a nuestra cama y nos agarre en estas —se dejó decir mientras aprovechaba para recuperar el aliento.

Ricardo, quien a esas alturas mostraba su torso al descubierto, unos calzoncillos de algodón en los que era imposible ocultar la rigidez y la cintura del pantalón a la altura de los tobillos, se apresuró hacia la puerta de la recámara.

—¡No se te ocurra moverte un centímetro! —exclamó justo antes de que Daniela se dejase caer sobre la cama—, te dije que no te movieras, no ves que me cuesta mucho caminar con los pantalones por abajo.

Daniela no pudo ocultar su risa al verlo en semejante estado de excitación y con los pantalones al ras mientras hacía acrobacias para escaparse de sus zapatos. Finalmente logró superar el reto y antes de que ella pudiese decir palabra, se postró desnudo exponiendo orgullosamente su erección al filo de la cama.

—¿Mi vida, sabés de qué tengo ganas? —preguntó él tímidamente como si ya supiese de antemano la respuesta.

—Dejate de inventos —contestó algo incómoda—. Vos sabés que a mí esas cosas no me hacen...

—¡Pero hoy es mi cumpleaños! —interrumpió.

—Puede ser el fin del mundo que no pienso meterme eso en la boca —sentenció ella con fastidio.

—Bueno pero por lo menos dejame a mí... —suplicaba.

—¿Qué es lo que te pasa hoy? —preguntó molesta—. Eso tampoco me gusta y vos ya lo sabés. ¿Por qué la insistencia, hombre? D-os nos regaló el cuerpo para algo y cada cosa tiene un lugar y una razón de ser... Subite a la cama que se me están quitando las ganas.

Con su orgullo magullado y aquello a media asta, Ricardo obedeció con más resignación que placer. Su yo íntimo pedía un auxilio lúbrico e impotente y ninguno de sus sentidos clamaba por otra noche de recato de las tantas que ya había experimentado. «¿Será posible mantener intacta una relación en estas circunstancias?», se preguntaba. Y aunque algo de consuelo encontraba en las quejas similares de sus amigos, se recordaba a sí mismo que a pesar de las limitaciones eróticas impuestas, la pureza de su amor se sustentaba en otras virtudes extraordinarias de Daniela. Su amor no fue un amor de alcoba pero sí legítimo y cristalino, inexplicable pero real.

Ella se arrinconó a un extremo y Ricardo se recostó a su lado. Lentamente él reinició su peregrinaje hacia ese rinconcito complejo pero apetecido. Acarició con sus labios la redondez perfecta de sus pechos y sin más preámbulo fijó una de sus manos en la entrepierna. Daniela separó lentamente sus extremidades y pudo sentir dentro de sí ese tacto maravilloso del que tanto disfrutaba pero que difícilmente podría reconocerle. Los gemidos regresaron como si hubiesen estado esperando la invitación y sus cuerpos se fun-

dieron de nuevo en uno solo. Tan evidente era la tensión de su miembro como la piel de gallina que se apoderaba de Daniela cada vez que Ricardo movía sus dedos de una forma armoniosa. Los gemidos eran ahora más intensos y descontrolados. Ella lo volteó de espaldas y se encimó sobre él sin resistencia alguna. Recostó sus suaves muslos sobre los de él, tomó su sexo con la mano y lo colocó en el lugar preciso. Ricardo la penetró lentamente produciendo en ambos una conmoción deliciosa. Daniela le tomó sus manos y las colocó sobre sus pechos endurecidos. Él sintió que no podría contener por mucho la explosión de sus entrañas y cambió el ritmo con penetraciones más sutiles y delicadas. La suavidad de sus nuevos movimientos no hicieron mella en sus lascivas percepciones y el descontrol de sus cuerpos continuó intacto. Él percibía con total agrado el roce húmedo que recibía sensiblemente con cada impulso y ella le daba una grata bienvenida a ese cuerpo que había llenado su cavidad más íntima. El placer fue total y por unos instantes olvidaron todo cuanto les rodeaba. Como metal ardiente se unieron el uno con el otro y el tiempo les pareció detenerse.

Repentinamente un golpeteo en la puerta interrumpió el momento, seguido del llanto insistente del pequeño Luis Ricardo que se había despertado con una horrenda pesadilla y buscaba el refugio maternal.

—...Me lleva putas, esto es increíble... —reclamó Ricardo.

—¿Acaso es mi culpa? —preguntó ella mientras apresuradamente cubría sus carnes.

—No, Daniela, es culpa de la vida —se exasperó él.

Ricardo le abrió la puerta al niño, lo tomó en sus brazos, le dio un beso en la frente y se lo entregó a Daniela para que lo acurrucase. Sin más que hacer, se refugió en el baño

de la habitación y emprendió contra el suelo la rabieta que le brotaba del alma; permaneció tendido sobre el frío suelo marmolado por varios minutos y trató, sin lograrlo, de que la helada superficie le absorbiera las ganas de lo que pudo ser y no se dio. Enfurecido, cerró los ojos y pensó en sus primeros días.

Como tantos otros, Ricardo Galán llegó a este mundo por mero accidente y por la ignorancia sexual de unos jóvenes inmaduros y arruinados que, ante la imposibilidad de mantenerlo, renunciaron abruptamente a ese regalo de la existencia y lo abandonaron a las puertas de un orfanatorio cubriendo su cuerpecito con las hojas amarillentas de un viejo periódico. Allí convivió sus primeros meses en compañía de un centenar de almas ignoradas, que aún no entendían sus desdichas pero le sonreían a la vida como si lo tuvieran todo. Los juguetes que ya no causaban gracia a los bienaventurados de las barriadas adineradas, llegaban arruinados a la guardería, para desbordar de emoción su inocencia y hacerlos soñar con lugares inimaginables. Dentro de aquellas paredes húmedas y despintadas respiró sus primeros alientos, saboreó sus primeros bocados, derramó sus primeras lágrimas y proyectó en sus inocentes labios las primeras sonrisas de una vida que no había empezado con buen tino. Dio sus primeros pasos rodeado de hermanos temporales y prestados que repentinamente desaparecían, luego de las visitas semanales de un puñado de extraños, que los obligaba a lucir sus mejores atuendos y a tomar un baño adicional con esa agua helada incómoda que les calaba los huesos y les ponía la piel de gallina. La docena de madres postizas que cambiaban de turno cada ocho horas para cuidarlos y generaban cierto grado de confusión en sus frágiles conciencias, eran las mismas que coordinaban aquellos encuentros: los enfilaban en perfecta formación para que aquellos invitados los pudieran apreciar de prime-

ra mano, y así escoger, entre ellos, la tímida mirada que les robare el corazón.

En una cálida mañana de enero le tocó su turno, y en medio de un llanto inconsolable se esfumó de aquellos pasillos en compañía de una joven pareja de clase media que lo acogió como propio ante el impedimento de engendrar a los suyos. Fue así como a los tres años, sin ton ni son, dejó de lado todo lo que conocía, cargando consigo una maletita llena de desconcierto y un nudo en su garganta. Aunque en su memoria no guardaba ese recuerdo, en aquel momento pensó que la existencia se le iba, sin saber realmente que en ese preciso instante más bien empezaba. Pasó así de ser un accidente del destino a una oportunidad de vida. En ellos encontró una fuente de amor inagotable y no tardó más que un par de semanas en olvidar para siempre el lugar en donde creyó haber nacido. Los cimientos de su nuevo hogar se apoyaban en las generosas tierras de Santa Bárbara de Heredia, rodeado de una pequeña aldea en donde todos se conocían y compartían alegrías y tristezas, con una solidaridad que contrastaba con la grosera renovación de la ciudad capital. Siempre llevaría en su memoria aquellas calles adoquinadas con un sabor colonial que erizaban la piel con solo caminarlas, las hortensias celestes que adornaban la entrada de su pequeña morada, el olor al pinto, el plátano maduro y la olla de carne, las paredes de adobe y techos rojizos que absorbían mágicamente los calores del verano y los abrigaban de los fríos vientos de diciembre. Tampoco olvidaría lo amplio que se le hacían los escasos sesenta metros cuadrados donde vivió los mejores años de su infancia, el color azulado de las montañas que lo rodeaban y ese olor a vida que brotaba de los puñados de tierra fértil que de vez en cuando recogía con sus pequeñas manos.

Luis Galán, el único padre que conoció y amó, trabajó toda su vida en un puesto de gobierno que le robó los mejores años y lo avejentó a destiempo. Su madre, Julieta, ocupó sus días como enfermera en el Hospital de Niños, cuidando durante más de veinte años a un millar de críos a quienes siempre atendió como si fueran el suyo propio. Con más esfuerzo que vocación lograron llevar una vida acomodada, mas no colmada, y Ricardo experimentó así un comienzo relativamente grato pero sin excesos. Dentro de aquellas limitaciones, siempre recordaría cuando su padre llegó a casa en un viejo carro importado, que había pagado con diez años de ahorro y un puñado de billetes bien trabajados. En aquella carcacha que a ellos se les revelaba como un gran lujo, recorrieron los rincones más hermosos de una Costa Rica llena de monumentos naturales, ríos cristalinos y de playas vírgenes y boscosas que aún no sufrían los embates de un turismo consumidor y destructivo. Sobre el capote de aquel coche pasaron una centena de atardeceres a las orillas del Aeropuerto Juan Santamaría, mirando con admiración y asombro cómo levantaban vuelo los aviones que dejaban en el cielo una estela blanca y bajo sus pies una tierra estremecida. «Algún día subirás al cielo encima de uno de esos aparatos y conocerás tierras nuevas y lugares extraordinarios», decía su padre con algún grado de nostalgia. Años después recordaría aquellas palabras a sabiendas de que al menos le había cumplido uno de sus sueños.

Desde siempre sus padres renunciaron a los gustos propios y a un puñado de placeres que nunca conocieron con tal de proveerle a Ricardo la mejor educación y dejarle así las herramientas para que pudiese llevar una vida un tanto más holgada de la que ellos tuvieron. Siguiendo el camino trazado, terminó la secundaria y de inmediato empezó a estudiar Ingeniería Civil en la Universidad de Costa Rica, la academia pública más destacada del país. Con una facilidad natural por los estudios y como si supiera de antemano